

FBJE.FoII

002.244

**Recordando la Canonización
de San Josemaría Escrivá
Fundador del Opus Dei**



**Homilía de Monseñor Víctor Manuel López Forero
Arzobispo de Bucaramanga**

15 de Mayo de 2003

Amados hermanos y hermanas en el Señor Jesús:

El pasado 6 de octubre del 2002, el Santo Padre Juan Pablo II proclamó santo a Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei. Y la Iglesia, comunión de los santos, se ha enriquecido con este hombre de Dios, elevado a los altares. Un nuevo *testigo de Cristo* en el mundo de hoy, tan necesitado de personas -hombres y mujeres-, que proclamen con su vida y con sus obras la adorable persona de Jesús, camino, verdad y vida para todos, "en quien vivimos, nos movemos y existimos", y en quien está nuestra salvación. ¡Bendito y alabado sea el Señor en sus santos y en sus santas!

Por bondad del Señor, me coincidió un viaje a Europa, relacionado con asuntos pastorales de mi Arquidiócesis, con este acontecimiento eclesial de la canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer, al cual fui invitado muy especialmente por la Prelatura del Opus Dei, gesto que agradezco sinceramente y que me honra sobremedida.

Teniendo todavía muy vivos en mi mente y en mi corazón estos momentos de gracia y salvación, vividos en la fe y en la comunión eclesial con el Santo Padre Juan Pablo II y con una innumerable multitud de católicos del mundo entero, que colmó totalmente la plaza de San Pedro y sus alrededores, permítanme, queridos hermanos y hermanas, que, hoy, en esta homilía les transmita algo de lo que allí pude vivir y, a la vez, les destaque lo fundamentales apartes de la hermosa y profunda homilía de canonización que pronunció, en esa ocasión, nuestro amado Pontífice.

Cuando uno ha tenido la experiencia de la vivencia personal y comunitaria de un *acontecimiento eclesial* como éste... Cuando uno ha sido testigo de él y lo ha vivido, a la luz de la fe, y en un clima de *fraternidad eclesial*, y de *sintonía espiritual*, está más impulsado y más llamado a comunicarlo con mayor fidelidad y autenticidad, porque *se transmite lo visto, lo vivido, lo experimentado*; y, además, lo que se vive y se siente se comunica con especial gozo y alegría, con el propósito de *contagiar y entusiasmar* a todos de esa única e inolvidable experiencia, que vivifica, fortalece y compromete la vida en la fe y el amor, y que llena el alma y el corazón de una inmensa esperanza... Fue ésta, sin duda, una vivencia eclesial, como pocas, por su ambiente de fe profunda, por el clima de fraternidad y de recogimiento espiritual que se creó en todos los participantes de todas

las edades y condiciones sociales, por una *celebración litúrgica* cuidadosa y devotamente realizada. Se sentía la presencia del Señor que pasa salvando por su Palabra, por su Presencia eucarística, por sus *santos y santas*, por su Pueblo fiel ahí congregado alrededor de su Vicario en la tierra y de su *Colegio apostólico*. De verdad que allí se experimentaba, con la fuerza del Espíritu, la profunda y misteriosa realidad de nuestra Santa Madre Iglesia: *una, santa, católica y apostólica...*

¡Qué mejor ambiente y qué mejor escenario para recibir del amadísimo Padre Juan Pablo II, su profundo, trascendental y, a la vez, sencillo mensaje a la Iglesia universal sobre este Santo de nuestra Iglesia Católica: San Josemaría Escrivá. Escuchemos unos breves apartes de tan importante y sentida homilía de canonización, el día 6 de octubre de 2002, situándonos en el escenario de este acontecimiento y en plena sintonía con el Vicario De Cristo:

"Tomó, pues, -nos dice el Papa- Yahveh Dios al hombre y lo dejó en el jardín del Edén, para que lo labrase y cuidase" (Génesis 2,15). El Libro del Génesis, como hemos escuchado en la primera lectura, nos recuerda que el Creador ha confiado la tierra al hombre, para que la labrase y cuidase. Los creyentes actuando en las diversas realidades de este mundo, contribuyen a realizar este proyecto divino universal.

El trabajo y cualquier otra actividad, llevada a cabo con la ayuda de la Gracia, se convierten en medios de santificación cotidiana.

"La vida habitual de un cristiano que tiene fe -solía afirmar Josemaría Escrivá-, cuando trabaja o descansa, cuando reza o cuando duerme, en todo momento, es una vida en la que Dios siempre está presente" (Meditaciones, 3 de marzo de 1954). Esta visión sobrenatural de la existencia abre un horizonte extraordinariamente rico en perspectiva salvíficas, porque, también en el contexto sólo aparentemente monótono del normal acontecer terreno, Dios se hace cercano a nosotros y nosotros podemos cooperar a su plan de salvación. Por tanto, se comprende más fácilmente, lo que afirma el Concilio Vaticano II, esto es, que "el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la construcción del mundo..., sino que les obliga más a llevar a cabo esto como un deber" (Gaudium et spes, 34).

Elevar el mundo hacia Dios y transformarlo desde adentro: he aquí el ideal que el santo fundador os indica, queridos hermanos y hermanas que hoy os alegráis por su elevación a la gloria de los altares. Él continúa recondándoos la necesidad de no dejaros atemorizar ante una cultura materialista, que amenaza con disolver la identidad más genuina de los discípulos de Cristo. Le gustaba reiterar con vigor que la fe cristiana se opone al conformismo y a la inercia interior.

Siguiendo sus huellas, difundid en la sociedad, sin distinción de raza, clase, cultura o edad, la conciencia de que todos estamos llamados a la santidad. Esforzaos por ser santos vosotros mismos en primer lugar, cultivando un estilo evangélico de humildad y servicio, de abandono en la Providencia y de escucha constante de la voz del Espíritu. De este modo, seréis "sal de la tierra" (cfr. Mateo 5,13) y brillará "vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (ibidem, 5,6).

Ciertamente, no faltan incomprendiones y dificultades para quien intenta servir con fidelidad la causa del Evangelio. El Señor purifica y modela con la fuerza misteriosa de la Cruz a cuantos llama a seguirlo; pero en la Cruz repetía el nuevo santo- encontramos luz, paz y gozo: "Lux in Cruce, requies in Cruce, gaudium in Cruce!".

Desde que el 7 de agosto de 1931, durante la celebración de la Santa Misa, resonaron en su alma las palabras de Jesús: "**cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí**" (Juan 12,32), Josemaría Escrivá comprendió más claramente que la misión de los bautizados consiste en elevar la Cruz de Cristo sobre toda realidad humana, y sintió surgir de su interior la apasionante llamada a evangelizar todos los ambientes. Acogió entonces sin vacilar la

invitación hecha por Jesús al apóstol Pedro y que hace poco ha resonado en esta Plaza: "**Duc in altum!**". Lo transmitió a toda su Familia espiritual, para que ofreciese a la Iglesia una aportación válida de comunión y servicio apostólico. Esta invitación se extiende hoy a todos nosotros. "**Rema mar adentro nos dice el divino Maestro- y echad las redes para la pesca**" (Lucas 5,4).

Pero para cumplir una misión tan comprometedora, es necesario un incesante crecimiento interior, alimentado por la oración. San Josemaría fue un maestro en la práctica de la oración, a la que consideraba como una extraordinaria arma para redimir al mundo. Siempre recomendaba: "Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en tercer lugar, acción" (Camino, n.82). No es una paradoja, sino una verdad perenne: la fecundidad del apostolado está ante todo en la oración y en una vida sacramental intensa y constante. Este es, en el fondo, el secreto de la santidad y del auténtico éxito de los santos.

Que el Señor os ayude, queridos hermanos y hermanas, a recoger esta exigente herencia ascética y misionera. Que os sostenga María, a quien el santo fundador invocaba como "*Spes nostra, Sedes Sapientiae, Ancilla Domini!*"

- Esperanza nuestra, Trono de Sabiduría, Esclava del Señor!-

Permítanme que, a manera de conclusión, agregue a estos apartes de la homilía del Santo Padre, una palabras, también suyas, pronunciadas al día siguiente de la canonización, en las que resalta cómo San Josemaría Escrivá de Balaguer fue "el santo de lo ordinario. En efecto, estaba convencido de que para quien vive en una perspectiva de fe, todo ofrece ocasión de encuentro con Dios...Fue un santo de gran humanidad. Todos los que lo trataron, de cualquier cultura o condición social, lo sintieron como un padre, entregado totalmente al servicio de los demás, porque estaba convencido de que cada alma es un tesoro maravilloso; en efecto, cada hombre vale toda la Sangre de Cristo. Esta actitud de servicio es patente en su entrega al ministerio sacerdotal y en la magnanimidad con la cual impulsó tanta obras de evangelización y de promoción humana a favor de los más pobres.

El Señor le hizo entender profundamente el don de nuestra filiación divina. Él enseñó a contemplar el rostro tierno de un Padre en el Dios que nos habla a través de las más diversas vicisitudes de la vida. Un Padre que nos ama, que nos sigue paso a paso y nos protege, nos comprende y espera de cada uno de nosotros la respuesta del amor. La consideración de esta presencia paterna, que lo acompaña a todas partes, le da al cristiano una confianza inquebrantable; en todo momento debe confiar en el Padre celestial. Nunca se siente solo ni tiene miedo. En la Cruz -cuando se presenta- no ve un castigo sino una misión

confiada por el mismo Señor. El cristiano es necesariamente optimista, porque sabe que es hijo de Dios en Cristo".

Por el regalo que el Señor le ha concedido a su Iglesia y nuestra Iglesia, de este Santo, maestro de santidad y oración, es por lo que hoy estamos aquí congregados celebrando esta Eucaristía de acción de gracias. La Arquidiócesis de Bucaramanga se une a estas intenciones y, con fe y gozo inmenso, invitamos a todos los diocesanos a entonar himnos y cánticos de alabanzas al Señor: "Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es infinita su misericordia" ¡Felicitaciones a la Prelatura del Opus Dei, tan dignamente representada en todos ustedes! Que con la Virgen María, en ocasión tan solemne, entonemos todos por siempre el "magnificat". ¡Alabado sea Jesucristo! Amén.

+ **VÍCTOR MANUEL LÓPEZ FORERO**
Arzobispo de Bucaramanga

15 de Mayo de 2003
Templo del Sagrado Corazón